

No recuerdo quién inició la conversación y ahora me parece que debió ser él mismo, porque sólo el deseo de contartos su historia explica que se hable de locos en el tren, en lugar de hablar de sport o de política. Mi mujer, que estaba a punto de adormecerse sobre los cojines del respaldo, se desveló en cuanto lo oyó hablar, y me ha confesado después, aunque yo no lo creo, que a pesar del aspecto normal del compañero de viaje, tuvo un instante miedo y recordó vagamente anécdotas de robos y crímenes cometidos entre dos estaciones distantes. En fin, sea como fuera, el caso es que, inclinado hacia nosotros, habló durante casi todo el trayecto y nos tuvo, más que interesados, sugestionados. Me parece ver aún su frente muy convexa, con grandes entradas y su cabellera fosca, en torno a la cual revoloteaban lentamente innumerables partículas de polvo que se hacían luminosas en los haces del sol.

Cuando se conozca el mecanismo del cerebro verá usted cómo mi idea de que toda locura es una superioridad abortada, se comprueba. El pueblo ha condensado esta creencia, hija de su instinto, en un adagio: "Ningún tonto se vuelve loco". Y tiene razón; repare usted que los hombres superficiales mariposean sobre muchas ideas sin ahondar en ninguna, y que en todo descubrimiento, en todo invento, hay algo de maría. Al sabio le es preciso concentrar la atención y aislarse de modo que su inteligencia se proyecte íntegra sobre el problema a resolver. De Newton se ha escrito que iba, a veces, sin darse cuenta, con un pie en la cuneta y otro en la acera. Casi todos los sabios, antes de triunfar, tienen fama de locos... El loco, por lo general, ve una sola idea, ya perfecta, ya defectuosa, y se le obscurce o aclara el resto del mundo. Al sabio le ocurre igual... Sólo que la calidad de su manía es superior. Yo no digo que sea lo mismo, pero sí que el funcionamiento cerebral ofrece en ambos casos tal analogía, que vale la pena de basar sobre ella mi hipótesis... Y esta hipótesis, mejor dicho, esta teoría, no se me ha ocurrido así, de pronto, sino por experiencia personal... porque yo he estado loco o casi loco, y fué a causa de una idea razonable llevada a esa insistencia, a ese exclusivismo que en unos produce el descubrimiento genial y en otros la perturbación de las facultades mentales. ¿Qué cómo fué la cosa? Hará próximamente más dos años y solo me daró quince días.

Cruzábamos por un puente de hierro, y el estrépito dominó su voz. Yo aproveché la pausa para tranquilizar a mi mujer con una nárrada. La rapidez de la marcha daba la ilusión de que los surcos de tierra labrada se curvaban a nuestro paso y de que las montañas,

nas, a lo lejos, cambiaban lentamente de sitio. Nuestro compañero continuó:

— Yo preparaba mi doctorado y acababa de pasar una enfermedad de la que salí débil. El estudio por una parte, y por otra algunos excesos debieron influir. El caso es que un día, en el baño, noté que estaba muy delgado, y tuve de pronto miedo de morirme. Esta idea, que era razonable, ¿verdad?, me hizo en seguida tomar precauciones excesivas. Compré reconstituyentes, busqué en las páginas de muchos periódicos los anuncios más increíbles, y egiéndome para

mor a cualquier contagio; llegué a sufrir la sed por no beber en vasos anónimos, y a veces en la calle, un vehículo distante aún, me obligaba a dar un salto para esquivarlo, como si me fuera a atrapellar. Compré un termómetro, un botiquín, tomé todas las precauciones y, sin embargo, la idea, en lugar de debilitarse o de estacionarse siquiera, se iba fortificando, iba poseyendo con ese exclusivismo que constituye, al fin, la manía. Ver un entierro me ponía tan nervioso, que los adivinaba desde lejos y daba grandes rodeos para

## Los muebles

Por A. Hernández Catá

### EL ARBOL DE LA SOLEDAD

*La caravana vino de un país ignorado y se perdió en el viaje, por un desierto oscuro. Rendida de cansancio, rió levantarse en el horizonte, un árbol inmenso, y fué hasta él, para descansar a su sombra. Y los viajeros se durmieron, y soñaron con lagos azules y praderas verdes. Y mientras soñaban, al árbol extendía sus ramas negras.*

*Aquellos que se despertaban, sentíanse desorientados; pues no brillaba ni una estrella; y en un desierto nocturno, sin un astro, es muy fácil perderse. El árbol era tajo enorme que ocultaba el cielo y obscurecía la tierra. Soplaba un viento terrible, como un desti... Los hombres no se oían bajo el rumor del ramaje; y así es que no lograban entenderse. La confusión los fatigaba, la contrariedad los enfurecía; combatían por nada; y como el odio llenaba sus corazones, no había en ellos, lugar para el amor. Y puesto que sin amor no hay esperanza, perdieron la fe.*

*Y el árbol era inmenso, mientras tanto, seguía extendiendo sus ramas negras...*

*La sombra era de tal modo intensa, que los hombres ya no se conocían, aunque se hallaban muy próximos.*

*Hubieran podido darse la mano, ayudarse, quererse, ante aquella noche sin término. Pero creíanse aislados; y cada uno pensaba mal de los demás, que lo habían dejado solo.*

*No se respetó más que la fuerza, que era siempre injusta, porque no temía; y la debilidad para defenderte, buscó los sitios protegidos.*

*Y el árbol inmenso, mientras tanto, seguía extendiendo sus ramas negras...*

*Los que iban a morir, no imaginaban una dicha que no habían visto nunca. Aun antes de separarse, ya estaban separados por la sombra de sus vidas.*

*Y esta es la historia de las almas, en el desierto del mundo, bajo el árbol de la soledad...*

Pedro Miguel OBLIGADO

una cosa qué no hubiera dejado de advertir en circunstancias normales, llevaba medicinas y más medicinas a la mesa de la cama de huéspedes, sin reparar en los gusanos y en los codazos que sin duda se dieron mis compañeros más de una vez hundiéndose de mí. Yo había sido siempre descuidado con ese descuido que dan la juventud y la robustez, y por eso mi cambio debió de llamarse más la atención. Me daba grandes caminatas, tomaba duchas, me acostaba temprano y ajustaba mi vida a los preceptos de la más incómoda higiene; no daba la mano sin guantes, por te-

rehuirlos. No tardé en conocer dónde estaban casi todas las funerarias, y si me veía obligado a pasar por delante de una con algún amigo, cerraba los ojos. Porque esta tortura, este acaparramiento por la idea y el temor de la muerte, me dejaba apto para la vida cotidiana, como si por automatismo los antiguos resortes permitieran al cuerpo no descubrir el secreto que detrás de la frente corría la razón poco a poco. Yo no me explicó cómo al oírme hablar, al verme sonreír, mis amigos no advertían el esfuerzo que me costaba. El pensamiento era ya tan te-

naz que soñaba con él; todas las luces eran para mí blandones, todas las zanjas de la calle sepulturas, todos los coches carros fúnebres; los días nublados me parecían días a propósito para morirse, y los días de sol me trajan también, por contraste, la visión de la muerte. A veces, me agarraba a una baranda, al brazo de un amigo, a un invisible sostén a la vida que mi mano buscaba crispada en el aire. Las plazas me daban una sensación de vacío o de torbellino, más bien. ¡Me tenía que morir! ¡Me tenía que morir! Al dolor pasivo y resignado de desaparecer, sucedió un sentimiento de protesta y de ira: yo hubiera querido morirme en un cataclismo general, convencido, después de pensar mucho, de que era imposible engañar a la muerte: pensaba con agrado en un choque interplanetario, y desde mi ventana, por las noches, miraba con simpatía a las grandes estrellas que parpadeaban dulcemente en el cielo y que de un enorme topetazo podrían concluir con todo; entonces pasaba horas y horas pensando en mis parientes, en mis amigos, en los conocidos que morirían si una de aquellas estrellas se decidiera... Moriría mi madre y la patrona, moriría Julio Noesé, tan orgulloso de ser pasante de Gareña Nieto, que moriría igualmente sin llegar a ser ministro; moriría aquel señor de barba cana que iba todas las tardes en el mismo tranvía que yo y se bajaba frente a la Biblioteca Nacional; moriría la señorita que bailaba en el Cireo sobre los lomos de un caballo, y moriría también el caballo... Lo que me ponía furioso era la idea de morirme yo solo, de que me llevaran por las calles dentro de una caja entre la indiferencia de la gente, y de que a los dos días, evaporadas unas cuantas lágrimas y absorbidos por las preocupaciones parentorias cuantos recuerdos quedase todo como si yo no hubiera pasado por el mundo. Creo que si entonces un poder omnímodo hubiera puesto en mi mano una inmensa hoz con que segar de mi golpe toda la Humanidad, habría sido asesino... Lo he sido así, porque más de una vez, ferozmente, he hecho el movimiento de segar, así, de un tajo solo... ¡rá!

Me complacía matando moscas, pisando hormigas, destruyendo pequeños objetos, viendo mustiarse las flores, y no era por un goce abstracto del mal, sino para convencerme a mí mismo de que aquellas cosas morían antes que yo. Lo primero que leía en los periódicos eran las esquelas de defunción, y un absurdo sentimiento de gratitud hacia los que ya se habían muerto me hacía aprender sus nombres de memoria.

Una detención brusca del tren, que nos hizo cabecer, originó otra pausa. Bordeábamos un talud, y abajo, en la vasta planicie, va-